



La ADVERSIDAD

EDICIÓN 01 - JUNIO 2026



A LAS VOCES QUE EL
MIEDO NO LOGRÓ BORRAR

Universidad
Externado
de Colombia

VIGILADA MINEDUCACIÓN

FACULTAD DE COMUNICACIÓN
SOCIAL-PERIODISMO



EXCELENCIA

en formar las voces
que informan, inspiran y
transforman el mundo.

SNIES: 1110

6 años

Acreditación nacional
(CNA) (2022-2028)

10 años

Acreditación
internacional
(2018-2028)

Inscripciones abiertas



Para mayor información
escanea aquí

Calle 12 # 1-17 Este, Bogotá, Colombia
Teléfonos: 317755757570 (+57)(601)341 9900, ext. 1459
faccomunicacion@uexternado.edu.co

www.uexternado.edu.co

EDITORIAL



Hay nombres que este país sepultó bajo el ruido de las balas y el paso del tiempo, pero hay memorias que se niegan a desaparecer. Entre estas páginas habitan voces que todavía respiran en quienes las amaron. Habita Silvia Duzán caminando hacia las heridas del país con la valentía de quien todavía cree en la humanidad incluso dentro de la sombra; habita Orlando Sierra escribiendo contra el miedo mientras llenaba de risas la vida de quienes lo amaban; y habita Julio Daniel Chaparro recorriendo pueblos rotos con una libreta en el bolsillo y el alma abierta. Pero estas crónicas no nacieron para quedarse únicamente en sus muertes ni en sus trayectorias profesionales. Nacieron para entrar a los lugares más íntimos donde todavía siguen vivos: en la memoria de un hijo, en la voz quebrada de un amor, en las fotografías que aún respiran sobre una mesa.

Porque recordar también es una forma de resistencia. Estas páginas buscan devolverles aquello que la violencia quiso arrebatarles: su humanidad. Y mientras alguien vuelva a pronunciar sus nombres, ellos seguirán caminando entre nosotros, como esas luces antiguas que nunca terminan de apagarse.

DISEÑO Y REDACCIÓN
Isabela Fuentes Navarrete.

ASESOR EDITORIAL
Sergio Ocampo Madrid.

ASESORES GRÁFICOS
Orlando Valencia Sarmiento.
Jairo Iván Orozco Arias.

AGRADECIMIENTOS
Gabriel Esteban Fuentes Moreno.
Gloria Luz Ángel Echeverry.
Daniel Chaparro Díaz.
Salomón Kalmanovitz.

 **La
ADVERSIDAD**



Conoce nuestra
web

**Universidad
Externado
de Colombia**
VIGILADA MINEDUCACIÓN

**FACULTAD DE COMUNICACIÓN
SOCIAL-PERIODISMO**


Las opiniones expresadas por los autores en este espacio no reflejan la postura o ideología de la Universidad Externado de Colombia. Queda prohibida su reproducción, total o parcial, así como su traducción a cualquier idioma, sin la previa autorización por escrito del titular de los derechos.



3

La ADVERSIDAD • Junio 2026

CONTENIDO

05.

ARTICULO ORLANDO SIERRA

Una crónica sobre Orlando Sierra Hernández contada desde el amor y la memoria. A través de la voz de Gloria Luz Ángel, el relato reconstruye al hombre detrás del periodista: su humor, su ternura y la verdad por la que nunca dejó de escribir.

10.

ARTICULO SILVIA DUZAN

Mientras el país aprendía a convivir con la violencia, Silvia Duzán eligió mirar de frente las heridas que nadie quería nombrar. Esta es la memoria de una mujer que convirtió la humanidad en su forma de resistir.

14.

ARTICULO JULIO DANIEL CHAPARRO

La libreta inconclusa de Julio Daniel Chaparro reconstruye la memoria de un periodista asesinado por narrar las heridas de Colombia, a partir del testimonio íntimo y fragmentado de su hijo, Daniel Chaparro.



Las Constumbres del Abismo

Orlando Sierra

Manizales aprendió a escuchar un ruido distinto cuando Orlando Sierra caminaba sus calles. No era solo el paso de un periodista, era el pulso de un hombre justo, humano, profundamente terco en su amor por la verdad. Había en él algo de campana y algo de herida; algo que no se acomodaba en el silencio. Orlando escribía como quien abre una ventana en medio de la noche para que entre aire en una casa que se estaba ahogando. Su palabra no era únicamente tinta; era conciencia, era refugio, era reflejo. Y Gloria, la mujer que lo amó, todavía lo nombra como se nombra una luz que nunca terminó de apagarse. Ella es periodista, compañera, viuda de un amor que cada día recuerda y extraña volver a oler y sentir, guardiana de una memoria que sigue respirando entre fotografías, columnas viejas y el eco de una risa que aún parece cruzar las habitaciones.

Porque hay amores que no terminan, solo aprenden a doler distinto.

Antes de que la violencia escribiera el final de Orlando, ya existía entre ellos una historia tejida con





Mejores recuerdos captados de Orlando Sierra y Gloria Echeverry

la delicadeza de lo cotidiano. No fue un amor estruendoso, sino de complicidad; no cayó como un rayo, sino como la lluvia suave que empapa sin que uno lo note, hasta descubrirse completamente habitado por el otro. Gloria lo cuenta con la sencillez con la que se cuentan las verdades más grandes: “él era mi confidente y yo era la confidente de él”. Y en esa frase pequeña cabe una vida inmensa. Caben los cafés furtivos, las conversaciones interminables, las escapadas discretas, las miradas que aprendieron primero a entenderse y luego a amarse. “Parecíamos un par de adolescentes”, recuerda ella, y entonces el amor deja de parecer una tragedia futura para convertirse en una escena luminosa, dos adultos escondiendo ternura como quien protege una llama del viento.

Y qué frágil, qué inmensamente hermosa puede ser la felicidad cuando todavía no sabe que será recuerdo.

Orlando llegó a *La Patria* con los bolsillos humildes, pero con un universo entero ardiéndole por dentro. Era un muchacho de Santa Rosa de Cabal, nacido en el 59, que había aprendido a mirar el mundo con ojos de poeta incluso antes de convertirse en periodista. Estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Caldas, vivía con estrecheces, pero ya llevaba dentro una riqueza feroz, una inteligencia, una sensibilidad y una necesidad de comprender, de comprender el mundo, de dar voz a esas personas comunes del día a día que no aparecían en los titulares. Empezó escribiendo notas culturales, como quien tantea el papel antes de incendiarlo con verdades mayores. Fue también en *La Patria* donde la vida comenzó a acercarlo lentamente a Gloria. Ella hacía parte de la familia propietaria del periódico y trabajaba allí cuando Orlando apenas empezaba a abrirse camino entre redacciones y columnas. Gloria había estado casada con Guillermo Ángel y tiempo después quedó viuda. Orlando,

“

Hay despedidas que
no cierran nada.
Solo convierten el
amor en memoria.

”



Fotos: cortesía Gloria Luz Ángel Echeverry

por su parte, estaba casado entonces y de ese matrimonio nació Beatriz, "Betty", su hija adorada. Con los años, aquella historia terminó y la vida fue acercándolo cada vez más a Gloria. Primero fueron compañeros, después amigos y después de muchas situaciones poco fáciles, la vida los convirtió en cómplices. Y luego, casi sin darse cuenta, se volvieron esa rara clase de amor que nace desde la amistad profunda, desde el conocimiento entero del alma del otro.

Ella no recuerda solo al periodista valiente. Recuerda al hombre.

Al hombre que su ritual diario era hacerla reír y reírse con ella, que utilizaba palabras como "comunicólogos" para darle ese toque a sus frases diarias que luego se convertían en recuerdos y risas, que usaba el humor negro como un modo de sobrevivir a la crudeza del país. Recuerda al hombre que podía ser brillante y feroz en una columna, pero que también soltaba carcajadas por tonterías mínimas. Y que después de una buena sesión de carcajadas, volvía a su ternura y amor con preguntas a Gloria como "¿Por qué te burlas tanto?" y Gloria, entre risas, respondía con una frase que hoy parece una última caricia hecha frase: "No, yo no me burlo de ti, es que tú me haces reír todo el día". Quizás ahí, en esa respuesta sencilla, está una de las formas más puras del amor, encontrar a alguien cuya existencia vuelva más liviano el peso del mundo.

Porque Orlando no fue solo el hombre que denunció corruptos.

Fue también el hombre que hacía reír hasta doler el estómago.

En la finca de Santágueda, entre montañas tibias

y escapadas de fin de semana, Gloria conserva algunas de sus memorias más vivas. Allí estaba Orlando lejos del ruido político, lejos de las amenazas, siendo simplemente el hombre enamorado, el amigo, el poeta doméstico. Está la imagen de un cumpleaños, un mantel soltando lanas y Gloria arrodillada con risas quitándole pelusas del pantalón mientras él protestaba. Está el ron jamaquino en aquel paseo con colegas, las carcajadas, la lluvia, el miedo cómico a llamar a su esposa de entonces. Está el hombre que hacía de cada escena una anécdota. Gloria lo dice con claridad conmovedora: "Yo creo que eso fue lo que yo más amé de él, el humor". Y entonces uno entiende que, además de valiente, Orlando era cálido; además de firme, profundamente humano.

Los grandes hombres también dejan huella en las pequeñas risas.

Pero mientras en casa vivía el amor, en las calles escribía la incomodidad del poder. Orlando escu-





“

Hay personas que iluminan tanto, que incluso su ausencia sigue dando luz.”

chaba la ciudad en las busetas, en las esquinas, en los cafés. Caminaba Manizales como quien recoge secretos rotos. Hablaba con todos, escuchaba a todos. Y luego convertía esas voces en columnas que denunciaban corrupción, clientelismo y alianzas oscuras. Su pluma empezó a señalar nombres concretos, especialmente el de Dixon Ferney Tapasco, diputado liberal de Caldas, a quien Orlando denunció por fraudes electorales, contratos familiares amañados y presuntos nexos con paramilitares. Sus columnas incomodaron a quienes llevaban años usando el poder como un negocio privado. Y quienes se sintieron expuestos quisieron apagar esa voz. Gloria recuerda que muchos querían que Orlando “se quedara callado”. Pero ella conocía demasiado bien el fuego que él llevaba por dentro para imaginarlo en silencio. Orlando no sabía esconder la verdad debajo de la lengua, callarse habría sido como arrancarse la voz, como apagar su propia luz con las manos. Y él, que caminaba el mundo con la dignidad de los hombres honestos, prefirió seguir escribiendo aunque cada palabra lo fuera acercando a la sombra.

Hay hombres que nacen para acomodarse y hay otros, como Orlando, que nacen para incomodar la sombra.

El 30 de enero de 2002 amaneció como cual-

quier otro día, y quizás por eso duele más. Gloria se despidió de él en el periódico al mediodía ya que Orlando iba a almorzar con Beatriz, su hija. Ella casi se va sin despedirse, pero él reclamó ese gesto pequeño, actuó como si el amor tuviera sus propios presentimientos. Después vino la llamada, la noticia rota, el atentado. Ese miércoles, hacia la 1:49 de la tarde, Orlando regresaba a **La Patria** después de almorzar con su hija. Apenas llegó a la esquina de la carrera 20 con calle 22, frente a la entrada principal del periódico, un sicario en moto se acercó y le disparó dos veces en la cabeza. Orlando cayó sobre el asfalto mientras la ciudad quedaba suspendida en el horror. El hombre que disparó fue



Luis Fernando Soto Zapata, capturado minutos después. Pero las balas no buscaban solo un cuerpo; buscaban silenciar una voz que llevaba años denunciando el poder oscuro de Caldas. Gloria corriendo como quien todavía cree que correr puede torcerle el brazo a la tragedia. En el hospital, la espera se convirtió en una larga noche suspendida. Cincuenta y seis horas de esperanza herida. Cincuenta y seis horas de sostenerse mientras el mundo se deshacía.

Y entonces llegó el instante que ninguna historia de amor merece.

Cuando los médicos dijeron que ya no había nada que hacer, Gloria hizo lo único que podía hacer alguien que amó profundamente; hablarle con ternura hasta el borde final. Le dijo que se fuera tranquilo, le dio gracias, lo dejó partir con amor, no con miedo. Y cuando recibió la llamada definitiva para escuchar que su gran amor ya había partido, besó su fotografía y pronunció una frase tan devastadora como hermosa: “gracias por ser tan obediente”. Es imposible no quebrarse allí. Porque incluso en el último adiós, Gloria siguió hablándole como quien conoce hasta la forma más íntima de su existencia. Como quien no perdió solo a un periodista, sino al hombre que la hacía reír to-



dos los días, al hombre que la hizo sentir amada y única cada segundo de esa historia de amor.

Hay despedidas que no cierran nada. Solo convierten el amor en memoria.



El entierro fue numeroso, una ciudad entera aplaudió su paso final. Gloria cuenta que las calles de Manizales se llenaron de aplausos y de silencios, de respeto, de duelo colectivo. Pero mientras el país veía al periodista asesinado, Gloria despedía también al compañero, al cómplice, al hombre de humor negro, al amante de las palabras, al ser humano que convertía lo cotidiano en alegría. Después vendría la justicia, lenta y dolorosa. Periodistas de distintos medios del país viajaron a Manizales para ayudar a investigar lo ocurrido en un esfuerzo conocido como el "Proyecto Manizales". Poco a poco, la verdad fue armándose hasta lograr que toda la cadena del crimen fuera condenada, desde el sicario hasta Dixon Ferney Tapasco como autor intelectual. Fue uno de los pocos casos en Colombia donde la justicia logró alcanzar a todos los responsables. Fue justicia, sí. Pero ninguna sentencia devuelve una carcajada, ningún juicio puede regresar una voz que decía "comunicólogos" solo para hacer sonreír.

Hoy Gloria sigue hablándole, sigue sintiéndolo, sigue buscándolo en las pequeñas apariciones de la vida diaria. Cuando necesita inspiración, cuando teme no encontrar material, cuando la memoria aprieta, siente que Orlando aún le manda señales. "Siempre aparece algo", dice ella. Como si él continuara, desde otro plano, ayudándole a sostener la palabra. Como si el amor hubiera aprendido a sobrevivir en formas invisibles.

Porque algunos hombres mueren pero otros

se quedan para siempre en la risa de quienes los amaron.

Han pasado más de veinticuatro años desde aquella tarde en que lograron silenciarlo. Más de dos décadas desde que la violencia apagó una voz que incomodaba al poder. Y sin embargo, Orlando Sierra sigue ahí, en una sala de redacción, en una entrevista, en una columna, en Brasil bailando con las garotas, en esas noches de estudio con su hija, en la memoria de su ciudad, en la piel de Gloria, en el eco de un chiste, en la nostalgia de una finca, en una fotografía besada.

Y sobre todo, sigue esa promesa suspendida que Gloria le susurró como despedida y reencuentro: "tranquilo que nos vemos muy ligero".

**“
Callarse habría sido
como arrancarse la voz,
como apagar su propia
luz con las manos.”**





Las Grietas DE LA Luz

Silvia Dúzan



La ADVERSIDAD • Junio 2026 | 10

Silvia Dúzan caminaba el mundo como quien entra a una casa ajena sin miedo y sin ruido. No llegaba a juzgar, llegaba a escuchar. Había nacido en Bogotá, en los años sesenta, en una familia donde el periodismo parecía heredarse como una enfermedad luminosa. Pero ella no quiso repetir el camino de nadie. Mientras otros escribían desde los escritorios, Silvia se iba detrás de las heridas. Le interesaban los muchachos que cargaban pistolas demasiado grandes para sus manos, las calles donde la noche olía a pólvora, las voces que nadie quería mirar de frente.

Era periodista, sí, pero de esas que parecen hechas de otra materia. De las que no escriben para informar solamente, sino para tocar la herida con las manos desnudas. Silvia no buscaba noticias, buscaba almas. Caminaba por los barrios donde el miedo dormía en las esquinas y hablaba con hombres que el país entero prefería llamar monstruos. Ella se sentaba frente a ellos como si todavía quedara algo salvable bajo tanta oscuridad. Tal vez por eso sus crónicas parecían latidos y no reportajes, tal vez por eso todavía duelen.

Y mientras el país aprendía a leer la violencia como cifras, ella la miraba a los ojos.

Salomón Kalmanovitz la recuerda todavía como una mujer “muy impulsiva, radical en sus opciones de vida”, una periodista que quería hacer “un periodismo muy vital”. Y quizás por eso también la memoria de Silvia pesa tanto, porque hay personas que no pasan por el mundo, sino que lo atraviesan como un relámpago. La conoció en la revista *Semana*. Él era columnista, y ella trabajaba allí. Un día,

Salomón descubrió que Silvia tenía una foto suya sobre el escritorio. “Me di cuenta de que había ahí como un enganche”, dije entre risas cansadas. Después vinieron ocho años de amor intenso, feroz, casi desordenado. Ocho años en los que compartieron periodismo, discusiones, viajes y miedo. mucho miedo. Porque amar a Silvia también significaba verla marcharse hacia lugares donde otros no querían entrar.

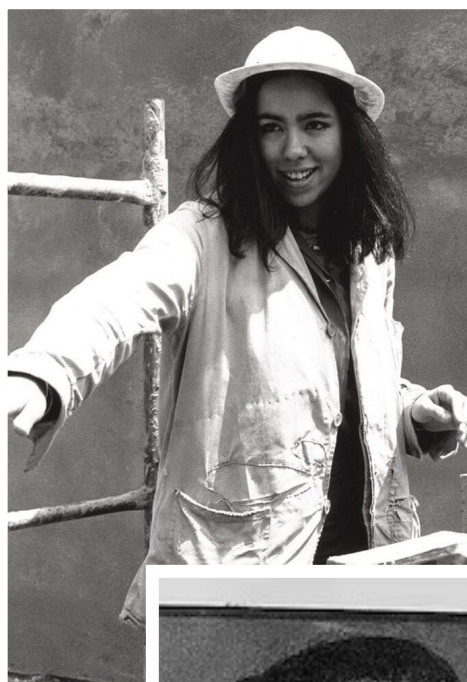
Él mismo lo admite: “Yo era mucho más miedoso que ella”. Y ella, en cambio, parecía caminar siempre hacia el incendio.

Silvia tenía la extraña capacidad de mirar incluso a los hombres más rotos como seres humanos. Entrevistó sicarios de Medellín, pandilleros de Bogotá, jóvenes perdidos en barrios donde la muerte se aprendía antes que el alfabeto. Pero nunca escribió desde el desprecio. Salomón decía que ella “trataba de ponerse en los zapatos de las personas a las que entrevistaba”. Los escuchaba sin superioridad, los entendía sin absorberlos. Quizá esa era su forma de amor, mirar incluso lo monstruoso y encontrar allí una grieta humana.

Había también otra herida creciendo en silencio dentro de ella. María Jimena Duzán y Silvia crecieron intentando impresionar a un padre que se fue demasiado temprano, como si ambas hubieran pasado la vida escribiendo para alcanzarlo otra vez. Pero María Jimena ocupó primero el lugar visible en *El Espectador*, y Silvia entendió que debía abrirse camino sola. “Se sintió que tenía que hacer su propio camino”, recuerda Salomón. Entonces apareció *Zona*, las noches de rock y café, Bukowski sobre la mesa y las crónicas peligrosas. Porque Silvia no escribía desde arriba, se sentaba junto a la gente. “Tenía el don de ponerse en el lugar de las otras personas y entenderlas”, cuenta Salomón. Y tal vez por eso incluso los hombres más rotos terminaban confiándole sus sombras.

Y fue precisamente esa forma de mirar la que terminó condenándola.

A comienzos de 1990 trabajaba en un documental para el Channel 4 de Londres sobre el Magdalena Medio y el crecimiento del proyecto narcoparamilitar. Silvia quería contar cómo la Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare (ATCC), intentaba sobrevivir en medio de la guerra sin tomar las armas. Campesinos rodeados por guerrilla, Ejército y paramilitares, aferrados únicamente al diálogo. Pero el documental también revelaba algo mucho más peligroso, los vínculos entre narcotraficantes, paramilita-



Fotos: cortesía Salomón Kalmanovitz





res y sectores del Ejército. Silvia entrevistó hombres armados, recorrió Barrancabermeja, habló con guerrilleros y paramilitares. Los hombres que controlaban el territorio comenzaron a seguirla.

La muerte empezó a caminar detrás de ella mucho antes de alcanzarla.

Salomón todavía recuerda aquella despedida como si fuera una espina. La llevó al aeropuerto para un vuelo hacia Barrancabermeja. Hubo un accidente en la calle 26 y ella se bajó del carro para seguir corriendo sola. Perdió el vuelo. Cualquier otra persona habría regresado a casa. Silvia no. Se fue en flota durante horas hasta llegar al Magdalena Medio. "Pues quería entrevistar a la Asociación...", dice, y luego hace un silencio largo.

La noche del 26 de febrero de 1990 estaba reunida con líderes de la ATCC en un restaurante llamado **La Tata**, a pocos metros del Batallón Rafael Reyes y de un distrito de Policía. Eran alrededor de las nueve y media. Conversaban sobre paz mientras afuera la guerra respiraba detrás de las ventanas.

Entonces entraron los hombres armados.

Dispararon contra la mesa, contra Silvia, contra Josué Vargas Mateus, Saúl Castañeda y Miguel Ángel Barajas. Ella alcanzó a llegar herida, con balas atravesándole el abdomen y las piernas, pero la sangre se le fue apagando lentamente entre la demora y el abandono. Murió desangrada, a los treinta años, mientras la noche seguía respirando guerra afuera. A Salomón lo despertó una llamada en mitad de la madrugada. "Me llamaron por la noche diciendo que estaba muy grave". Voló hacia Barrancabermeja con un familiar de ella, pero cuando llegaron, Silvia ya se había ido, como se apaga una luz en medio de la tormenta.

Hay dolores que no hacen ruido. Solo envejecen dentro de uno.

Salomón recuerda la sangre, el cuerpo quieto, el regreso imposible hacia Bogotá en una avioneta alquilada a última hora, como quien intenta llevarse intacto un amor que ya se rompió para siempre. "Estuve deprimido por varios años, perseguido por las imágenes de ella muerta". Y mientras lo cuenta, parece seguir atrapado en aquella madrugada de 1990, donde el dolor todavía no termina de amenercer.

Lo más triste es que la muerte de Silvia nunca terminó de encontrar todas sus sombras. Algunos hombres fueron condenados, pero muchos nombres siguieron escondidos detrás del uniforme, del dinero y del silencio.



La Fiscalía declaró el caso crimen de lesa humanidad en 2020, con lo cual la acción legal nunca prescribirá pero todavía quedan puertas cerradas y verdades enterradas en algún rincón oscuro de este país.

Quizá por eso hablar de Silvia no es hablar solamente de una periodista asesinada, sino de una mujer que miraba incluso a los hombres más rotos sin odio, como si todavía pudiera encontrar humanidad entre tanta sombra. Y tal vez por eso Salomón elige a veces el olvido, no porque no la ame, sino

porque la amó demasiado. "Eso fue inexorable, eso no tiene remedio", dice. No espera volver a verla en otro mundo, porque no cree que haya algo después, apenas le quedan esta memoria incompleta, las fotos perdidas y la voz de Silvia apagándose lentamente en alguna llamada desde Barrancabermeja.

Pero hay personas que se quedan viviendo en las grietas del mundo. Y Silvia sigue ahí, en las crónicas que todavía arden al leerlas, en los periodistas que aprendieron a mirar al otro con humanidad, en las historias incómodas que este país intentó enterrar y aún respiran debajo de la tierra. Porque hay muertos que no se apagan. Hay muertos que, incluso desde la ausencia, siguen ardiendo en su propia luz. 🕯

1

4

5

2

3

A large, bold, stylized number '5' with a vibrant rainbow gradient. The colors transition from red at the top, through orange, yellow, green, blue, and finally purple at the bottom. The number has a slight 3D effect with a soft shadow.

MITOS Y VERDADES MÁS ALLÁ DEL ARCOÍRIS





Los apuntes postumos

Julio Daniel Chaparro

La libreta respira. No es un cuaderno, es un animal pequeño de hojas heridas, una criatura de papel que viajaba siempre en el bolsillo de Julio Daniel Chaparro, porque allí anotaba todo; nombres, voces, hallazgos, silencios, frases sueltas, la respiración misma de lo que iba encontrando en el camino. Él no usaba grabadora; confiaba en la mano, en la memoria que cabe en una libreta y en la urgencia febril de escribir antes de que el país borrara lo ocurrido en esos años inciertos de los 80 y 90. Esa libreta fue una de sus herramientas más íntimas de trabajo y, al mismo tiempo, una de las grandes pérdidas del caso; entró como prueba a la Fiscalía, desapareció de los expedientes y con ella se extravió una parte decisiva de su último recorrido, aunque al final nadie

respondió por su pérdida ni tampoco la buscó. Sus páginas, gastadas por el sudor y la intemperie, huelen a carretera caliente, a café oscuro servido en terminales de pueblo, a tierra mojada después de una masacre. Allí, donde otros apenas anotaban nombres o cifras, Julio Daniel sembraba voces como quien planta memoria en un territorio devastado.

En la primera página cabía el llanto de una viuda.

En la segunda, el polvo amarillo de Segovia, Antioquia.

En la tercera, una canción de bolero que todavía no terminaba de morirse en su garganta.

Y en medio de esas páginas latía también la pregunta por su oficio, no el de un periodista encerrado en oficinas, sino el de un hombre que salía a buscar lo que el país escondía bajo sus ruinas, un trabajo hecho con libreta y esfero, no con grabadora, como recuerda Daniel, su hijo, hoy un hombre de 44 años.

La libreta tiene ya escrita una tragedia futura.

Julio Daniel Chaparro era poeta, cronista y periodista de El Espectador; un narrador que convirtió su oficio en una forma de caminar sobre las heridas de Colombia. Mientras investigaba en Segovia las cicatrices de la violencia, fue asesinado el 24 de abril de 1991, y con eso intentaron silenciar no solo a un hombre, sino a una manera profundamente humana de contar el país.

Él escribía como quien conversa con los fantasmas.

Iba por Colombia con una libreta en el bolsillo y el alma abierta, como si cada camino fuera una herida que necesitaba palabras. Julio Daniel lo resume desde otra orilla, según su hijo, “la memoria era la memoria de los vivos”, que no se trataba solo de narrar las muertes, sino de mirar “qué pasa con la gente que está viva en esos lugares”. No era un periodista que buscara la noticia como se persigue una presa; era, como lo reconstruye su hijo, alguien que iba hacia “los adentros de las personas”, hacia esa respiración mínima que sobrevive incluso después del espanto. No miraba desde un pedestal ni entrevistaba desde la distancia, prefería esperar al último ciclista cuando ya nadie aplaudía, hablar con el portero del Congreso, detenerse frente al campesino que miraba el humo de su casa quemada, frente a la mujer que barría las cenizas de una



Fotos: cortesía Daniel Chaparro Díaz

“
No era una suma
de cadáveres; era
una elegía por los
vivos.”



“

Mientras una libreta sobreviva aunque sea en la memoria, la violencia habrá fracasado en su intento final.

”

tarde rota después de la violencia, frente al último hombre que nadie pensaba escuchar. Había en su manera de mirar una forma de justicia, devolverle al país lo que el país dejaba caer al borde del camino. Y en esa forma de narrar, como insiste Daniel, su padre no se detenía en el llanto, sino en lo que seguía latiendo después de la herida.

La libreta vuelve a abrirse.

Una esquina doblada, tinta corrida y una letra veloz que parece temerle al tiempo. Antes de convertirse en cronista de pueblos heridos, Julio Daniel fue un muchacho de Sogamoso que cargaba poemas en los bolsillos como otros cargan cigarrillos. Fue hijo de una casa atravesada por ideas de izquierda y por el fervor de creer que las palabras podían cambiar algo más que una página. Daniel lo recuerda también como una presencia luminosa, alguien cuya vitalidad sigue apareciendo entre relatos, poemas y fotografías. Además, fue actor, poeta, militante, un joven de voz poderosa, de esos que entraban a una habitación y parecían traer música consigo. Le gustaba bailar con el entusiasmo de quien sabe que el cuerpo también puede escribir, cantaba boleros y tenía una risa amplia. Y, como recuerdan quienes lo conocieron, tenía esa mezcla peligrosa de inteligencia, sensibilidad y presencia que lo volvía inolvidable.

Pero luego llegó la vida, en esa forma más concreta de la urgencia. Nació su hijo, en el 82, llegaron las responsabilidades y entonces el poeta no abandonó las palabras, las convirtió en oficio.

Se hizo periodista alrededor del 86.

Y lo hizo con una manera muy suya de acercarse al mundo, buscando el detalle que otros no veían, la orilla del relato, la voz que no suele entrar

en los titulares. Daniel lo dice con claridad “no era un periodismo solemne ni distante, sino uno que escuchaba profundamente, que buscaba entender cómo vivía la gente después del golpe. Por eso sus crónicas no se apoyaban en la solemnidad, sino en la conversación.” Su periodismo, como luego lo recuerda su hijo, no era el de mirar desde arriba, sino el de escuchar “los adentros de las personas”.

La libreta se adentra en la violencia.

En medio de esa vida pública y luminosa nació la serie ***Lo que la violencia se llevó***. Era una serie de crónicas para El Espectador, escrita entre febrero y abril de 1991, pensada como seis entregas de las cuales cuatro llegaron a publicarse antes del asesinato. El proyecto consistía en escribir sobre esos pueblos marcados por violencia y silencio, y volver sobre la vida que quedaba después del horror; que se rompía, que resistía, que seguía en pie. No era una suma de cadáveres; era una elegía por los vivos. Julio Daniel buscaba narrar la cotidianidad de la gente después de la tragedia, y por eso cada pueblo se volvía una pregunta sobre la memoria, sobre la forma en que la vida insiste incluso cuando todo parece arrasado.

La libreta avanza hacia Antioquia.

En medio de esa ruta, Segovia empezó a volverse una herida abierta; no era un pueblo, era una tensión viva entre guerrilla, autodefensas, caciques locales y Estado. Julio Daniel llegó allí siguiendo las huellas de la violencia paramilitar, buscando narrar lo que quedaba después de la masacre paramilitar del 11 de noviembre de 1988. Pero en aquella geografía de sospechas, las milicias del ELN confundieron su oficio con espionaje. Sus preguntas, sus apuntes y los registros de su trabajo fueron interpretados como inteligencia militar. Así, un periodista que buscaba contar las cicatrices del terror terminó atrapado por otra lógica armada, la de una guerra donde preguntar podía costar la vida. Años después, la justicia declararía su asesinato como crimen de guerra, y la fecha exacta del golpe final quedó fijada en la memoria del país: el 24 de abril de 1991.

La libreta tiembla, última anotación.

“Sandra, me voy, esto está muy miedoso”.

Esa frase, breve y temblorosa, quedó como una

puerta entreabierta en medio del polvo. Daniel cuenta que de la libreta se sacaron fotocopias y que una de esas copias conservó esa línea final, como si el papel hubiera querido salvar lo único que todavía podía salvarse: el miedo escrito antes del disparo. En 1991, el 24 de abril, Julio Daniel salió con el fotógrafo Jorge Torres hacia Segovia para adelantar la reportería de la siguiente crónica de la serie, la quinta parada de un recorrido que quería devolver la humanidad a los pueblos golpeados por la guerra.

La libreta se rasga.

Ese día, al caer la tarde, fueron asesinados en la calle La Reina. Cuatro hombres armados los interceptaron frente a la Alcaldía, no hubo juicio, no hubo preguntas, solo ráfagas. Cuarenta disparos rasgaron el aire, las balas atravesaron el cuerpo de Julio Daniel, su pecho de poeta, su cabeza llena de pueblos, de viudas, de boleros. Jorge Torres cayó también. Los cuerpos quedaron sobre la calle como dos páginas arrancadas de golpe y entonces el país perdió algo más que un periodista, perdió una forma distinta de narrarse.

La libreta desaparece.

La Fiscalía la tuvo, pero no la entendió. Daniel cuenta que al fiscal le habló de aquella libreta y que la respuesta fue un vacío: “¿cuál libreta?”. También explica que, mientras otros objetos sí quedaron registrados y hasta fueron quemados, la herramienta de trabajo que podía orientar los últimos pasos de su padre, sus recorridos, nombres y reporte final, simplemente desapareció. Nadie preguntó por los nombres registrados, por las notas, por la pista que dejaba esa página final. Y así, junto con la libreta, se perdió también una posibilidad de verdad.

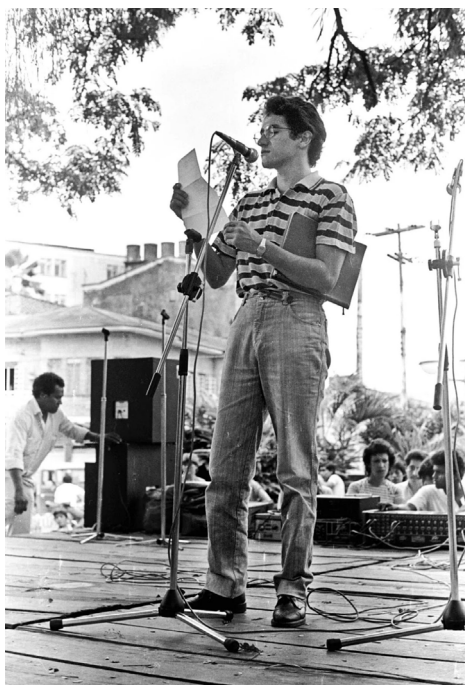
La libreta no se cerró en Segovia; siguió doliendo en Bogotá, en las conversaciones suspendidas, en la crianza de Daniel, un niño de apenas ocho años obligado a recordar a su padre a través de otros.

Sandra, la esposa de Julio Daniel, eligió el silencio como una forma íntima de sobrevivir. Daniel, en cambio, eligió la memoria, pero no una memoria inmóvil o solemne, prefirió reconstruir a su padre desde la imaginación, desde la literatura, desde las anécdotas. Él mismo reconoce que a esa edad los recuerdos eran apenas fragmentos rotos, y confiesa: “yo ya no tengo ningún recuerdo”, mientras admite también que “me frustraba mucho” no poder

conservar una imagen más nítida de su padre. Por eso tuvo que reconstruirlo con fotografías, relatos ajenos, crónicas, amigos y pedazos dispersos de una historia que la violencia intentó interrumpir demasiado pronto. Así entendió que recordar también podía ser imaginar.

De algún modo, Daniel también heredó la libreta, no la de papel perdida por la Fiscalía, sino la invisible, la de contar, la de preguntar y la de buscar en el arte, en la cultura y en la memoria nuevas formas de enfrentar el dolor. No habita solo la sombra de una tragedia heredada. Es politólogo, historiador, investigador de la memoria y trabajador por la

libertad de prensa. Ha dedicado buena parte de su vida a entender cómo se recuerda la violencia en Colombia, cómo se narra y cómo se transforma para que no quede reducida a expediente o estadística.

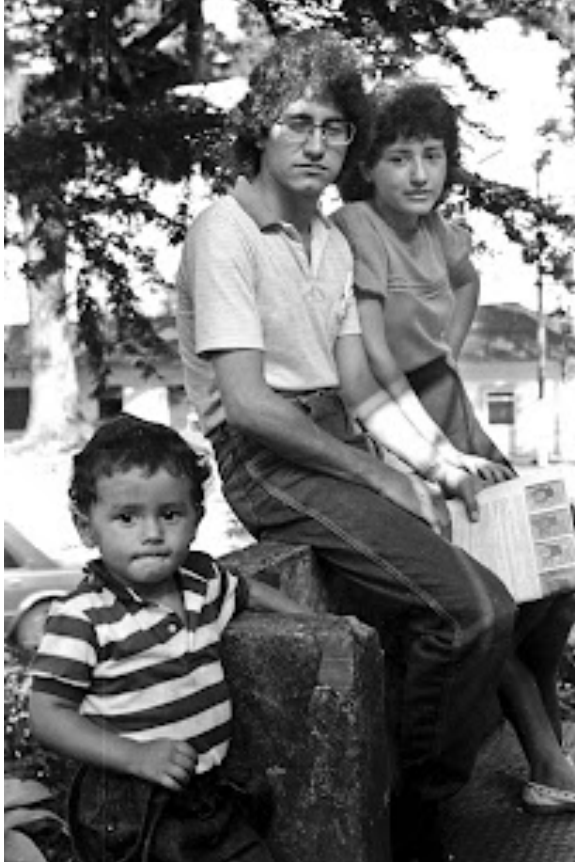


“

**Intentaron silenciar
no solo a un hombre,
sino a una manera
profundamente humana
de contar el país.**

”





La libreta permanece abierta.

La obra de Julio Daniel no terminó con su muerte; quedó latiendo en las páginas que alcanzó a dejar. Sus crónicas se convirtieron en una forma distinta de resistencia, una escritura que no buscaba solamente denunciar la crueldad, sino preservar la humanidad que sobrevivía entre sus ruinas. En cada texto dejó sembrada una manera de narrar Colombia desde abajo, desde las cocinas encendidas pese al duelo, desde las voces pequeñas que la violencia nunca logró callar del todo. Más que reportajes, sus escritos fueron fragmentos de memoria viva, una insistencia en demostrar que incluso en los territorios más golpeados seguían existiendo gestos cotidianos, dignidad y futuro. Así, su periodismo permaneció como un testimonio inconcluso pero poderoso, el intento obstinado de impedir que el horror tuviera la última palabra.

La libreta respira todavía.

Así, Julio Daniel Chaparro sigue siendo más que una ausencia, es un legado que respira en su hijo, en la memoria cultural del país, en los periodistas que todavía buscan contar desde abajo, en los lectores que descubren que la violencia no solo se cuenta con cifras, sino con humanidad. Y también sigue respirando en esa libreta perdida, en las fotocopias que sobrevivieron, en la frase que quedó escrita a mano, en el miedo y en la ternura con que aún lo recuerdan. Daniel insiste en que su padre quería ser recordado sonriente, no detenido en el golpe final, sino en la vida que alcanzó a dejar encendida.

La libreta se cierra lentamente.

Afuera, Colombia sigue siendo un país que a veces dispara contra sus narradores y tarda demasiado en pedir perdón o no lo pide. Pero entre las páginas invisibles de ese cuaderno perdido todavía camina Julio Daniel Chaparro, el poeta, el padre y el cronista de los olvidados.

Y mientras su hijo siga reconstruyendo, mientras una crónica vuelva a pronunciar su voz, mientras una libreta sobreviva aunque sea en la memoria, la violencia habrá fracasado en su intento final.

Porque a Julio Daniel Chaparro podrán haberlo asesinado en una calle de Segovia, pero nunca pudieron enterrarlo del todo en el silencio. 🗿

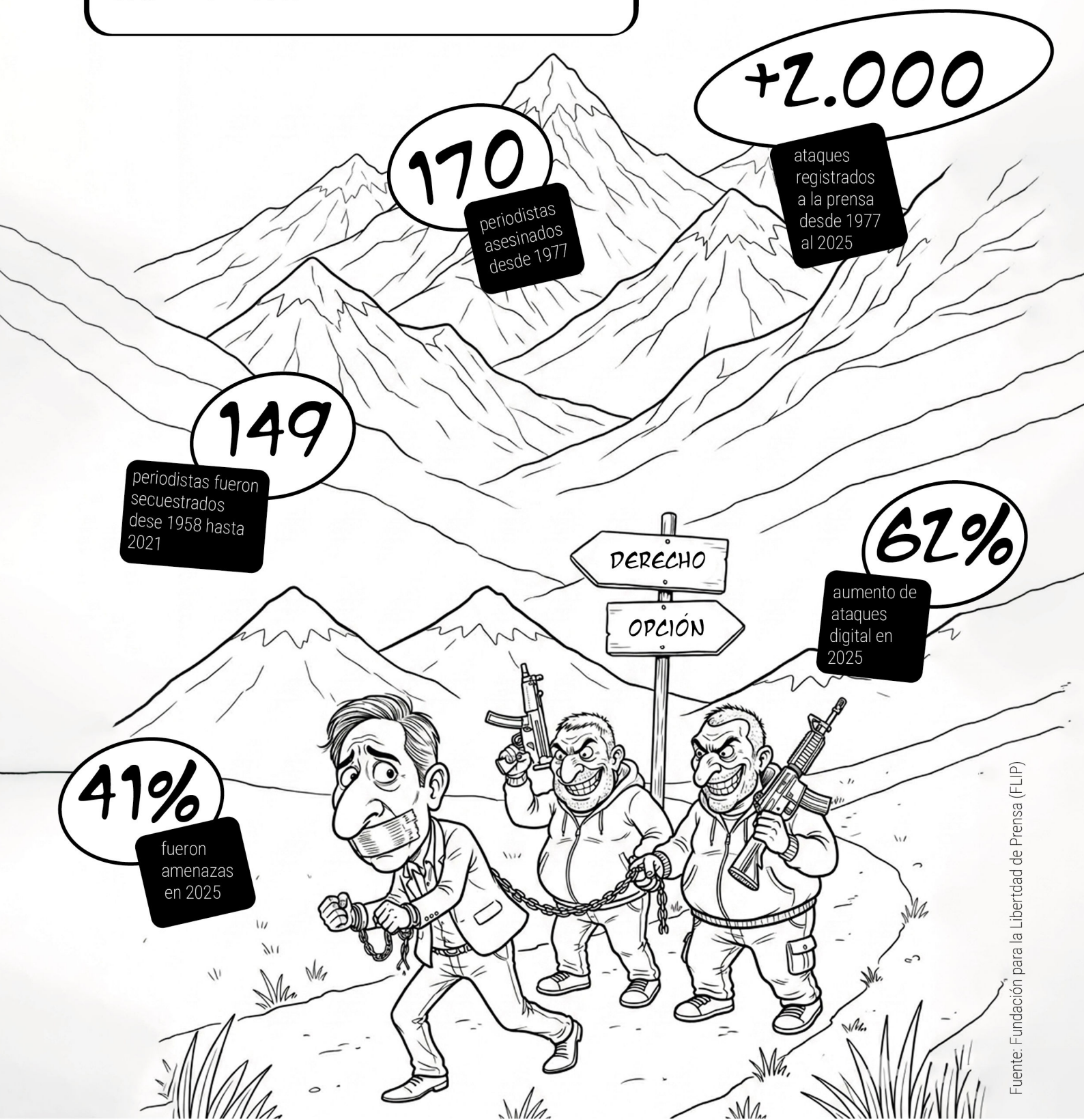


La libertad de prensa no es un privilegio; es un derecho fundamental que protege la verdad, la memoria y la democracia. En Colombia, silenciar a periodistas significa limitar el derecho de toda la sociedad a estar informada.

REVISTA



La
ADVERSIDAD



CONEXIÓN Externado



NUEVAS VOCES PARA NUEVAS AUDIENCIAS



MULTIMEDIA



VIDEO



AUDIO



IMAGEN



TEXTO

PARA CONOCER MÁS
CONSULTA AQUÍ ▼



Universidad
Externado
de Colombia

VIGILADA MINEDUCACIÓN

FACULTAD DE COMUNICACIÓN
SOCIAL-PERIODISMO



AVALADO POR:

SOCIEDAD
INTERAMERICANA
DE PRENSA